

referencias a García Lorca, Kant o Sor Juana, en un sistema de alusiones no exento de humor—, pero «La venadita» ofrece una de las encrucijadas en que una poética se define sin rubor ante las restricciones del intelectualismo o lo antipoético, dos camisas de fuerza que han dominado, con numerosas variantes, la poesía hispánica de los últimos cincuenta años.

Miguel Gomes

En tono menor*

Para despedirse de sus sueños juveniles, un viejo profesor universitario, que una vez quiso ser un admirado novelista, recurre a una sentencia de uno de sus autores predilectos, como si ni siquiera en ese trance pudiera escapar de la deformación profesional que siempre le empuja a echar mano a una cita. «Una de las ironías del gran teatro del mundo —nos dice así con palabras ajenas— es que todos nos consideramos estrellas; rara vez reconocemos que no somos sino actores de reparto o meros comparsas». Sospecho que,

aunque su lúcida y apócrifa sentencia funja de necesario epílogo o moraleja en las últimas líneas de «El vuelo de Sebastián da Silva», bien habría podido aparecer en boca de otras varias criaturas de Miguel Gomes. Aun más, sospecho que habría podido hacer las veces de epígrafe de los seis cuentos que forman *Un fantasma portugués*, pues en ella corre infusa una cierta visión del arte de narrar que le da forma y sentido al trabajo más reciente de este escritor luso-venezolano.

En efecto, Gomes nos cuenta sus historias imprimiéndole a la narración como una suave sonrisa que se corresponde con la recreación irónica de unas existencias ordinarias, tan llenas de esperanzas como de frustraciones. Al igual que sus antepasados barrocos, nuestro escritor tiene alma de moralista y le gusta someter a sus personajes a rudos desengaños, para revelarles así su más auténtica condición. También el Joaquim de «Cuento de Invierno», o el editor de «Los efectos de Mateo Flecha sobre la carne», o incluso el inmigrante de «Un fantasma portugués, con certeza» se han acostumbrado a ser segundones o comparsas, y a vivir a la sombra de sus ilusiones perdidas. Todos, por decirlo de algún modo, están de vuelta. A diferencia de los viejos héroes positivos (o negativos) de antaño, ya no son

* Miguel Gomes, *Un fantasma portugués*, Otero Ediciones, Caracas, 2004. 104 pp.

ni épicos ni trágicos, ni demasiado perversos ni excesivamente geniales. Tampoco forman proyectos de altos vuelos ni se sumergen en las profundidades del mal o el inconsciente. Tal vez quien mejor los define es el ya mencionado profesor de «El vuelo de Sebastián da Silva» cuando le confiesa al hipotético lector de sus memorias: «Lamento desilusionarlo, soy uno más del montón, uno como cualquiera, *a regular guy...*»

Pero no hay que dejarse engañar por tanta modestia. Con su muy británico humor, Martín Amis nos lo ha advertido una y otra vez: «la gente corriente es, si bien se mira, extraordinariamente extraña». Gomes cultiva desde sus inicios este difícil arte del mirar bien y, en cada uno de sus relatos, consigue transformar la aparente trivialidad de la vida de los protagonistas, pero sin perder ni el sabor ni el olor de lo cotidiano, con una naturalidad que tiende a diluir lo que de excepcional pueda haber en las situaciones por las que atraviesan. Nada más normal, pues, que la eyaculación que sorprende, en medio de un concierto, al melómano de «Los efectos de Mateo Flecha sobre la carne»; nada más lógico que ver salir del agua a Tomé Vieira, vivo y con una erección descomunal, después del gravísimo accidente de coche con que concluye «Los

abismos del mar»; en fin —y ya en un registro fantástico— nada más ordinario que comprobar cómo regresa a casa y cómo vuelve a instalarse en su poltrona el padre muerto de «Un fantasma portugués, com certeza». Gomes nos narra cada una de estas peripecias sin demasiadas exclamaciones ni aspavientos, en un tono menor que es, sin lugar a duda, el que más se aviene con los pequeños mundos y las extravagantes aventuras de sus personajes.

Como en otros escritores venezolanos de su generación —pienso en López Ortega o en Méndez Guédez—, la apuesta por una narrativa sin vocación épica ni efectos espectaculares obedece en Miguel Gomes a la necesidad de alejarse tanto de las empresas titánicas del *boom* como de la herencia de la literatura fantástica rioplatense y caribeña, la de Borges y el realismo mágico. De ahí la extrema fragilidad de unas ficciones que tienen que inventar continuamente sus propias referencias o buscarlas fuera y lejos de su tradición lingüística, en las letras lusas, por ejemplo, o en las angloamericanas, o incluso en el cine francés de arte y ensayo. No en vano uno de los más logrados cuentos de *Un fantasma portugués* constituye un claro homenaje a Eric Rohmer y lleva, como una de sus más célebres películas, el título de «Cuento de invierno».

Gomes se muestra allí, en esas páginas que ya citábamos anteriormente, como un cuidadoso narrador y un finísimo estilista, un escritor capaz de hacer mucho con nada, o casi nada: las tribulaciones que, durante una breve temporada de duda y soledad, agitan el alma de un *scholar* latinoamericano instalado desde hace muchos años en los Estados Unidos. Al final, el protagonista, Joaquim, no toma ninguna resolución grave ni se extravía en los laberintos de la memoria ni cambia por completo de vida. Pero el leve perfume de nostalgia que nos deja la lectura de este cuento nos habla de una poesía de la existencia tan real como nosotros mismos. Algo semejante podría decirse de la corta narración que da título al libro. El fantasma portugués de Gomes recuerda a veces a algún disparatado personaje de Lobo Antunes, pero lo que lo hace verdaderamente entrañable es la manera como nuestro autor lo convierte en el doble protagonista de la escritura y la vida de su hijo.

Miguel Gomes es todavía una figura desconocida en España aunque éste es ya su cuarto libro de cuentos. No es improbable que, a la vuelta de unos años, vea-

mos aparecer su nombre en el catálogo de alguna o algunas editoriales de la Península, pues sus narraciones seducen por la belleza de su prosa, la hondura de sus retratos y la inteligencia con que están construidas. Leyéndolas resulta claro que Gomes sabe mucho de literatura, pero también de los resortes interiores que nos mueven a veces a hablar o guardar silencio, a mirar o apartar los ojos, a actuar o no hacer nada. Sus distintos personajes —burócratas, empresarios, eruditos, iletrados, portugueses, venezolanos o norteamericanos— son todos protagonistas del gran teatro del mundo globalizado de hoy y, como nuestra época, están tocados por el aura de la desilusión. Pero, al mismo tiempo, vienen a decirnos que la ficción es siempre el sueño de otra vida, cuando no la sombra de otros sueños, y que sus historias nos lo prueban una vez más. Y es que aquí hasta el fantasma portugués del padre muerto quiere seguir hablando y viviendo, más allá o más acá de la tumba. No es otra quizá la más sabia y provechosa lección que nos deja la lectura de este hermoso libro de cuentos.

Gustavo Guerrero

América en los libros

Los argentinos y sus intelectuales. Historia de un desencuentro, Mempo Giardinelli, *Capital Intelectual*, Buenos Aires, 2005, 112 pp.

Ganador del VIII Premio Internacional Rómulo Gallegos 1993 por su novela *Santo oficio de la memoria*, Mempo Giardinelli (Chaco, 1947) es uno de los narradores argentinos más conocidos fuera de su país. Pertenece a una generación, la del setenta, que se formó bajo el influjo de luchas políticas y sociales, con el florecimiento de la literatura latinoamericana abriéndose paso como estética universal y a la sombra del *boom*.

Los argentinos y sus intelectuales, volumen que pertenece a la colección «Claves para todos», dirigida por José Nun, es producto de la necesidad que cobra para el Giardinelli narrador exponer, a través del ensayo, los interrogantes que genera la conflictiva historia de su país, mediante la recuperación de la memoria y alimentando una escritura que le sirve como instrumento de análisis y crítica, a la vez que de integración a un mundo personal. Revisar el pasado para entender y organizar el presente es el objetivo primordial que pa-

rece haberse trazado el autor, aunque sobre un eje de sumo interés y actualidad: el papel que desempeñaron los intelectuales argentinos a partir de la crisis desatada en 2001, cuando sucedió el ya tristemente famoso «corralito» y los cantos de sirena eran de eclipse total, de absoluto Apocalipsis.

De los libros sobre debate cultural que ha dado a conocer el escritor, éste es, junto con su extensa obra *El país de las maravillas*, un feliz esfuerzo por concentrar, con una visión amplia y aguda, sus reflexiones acerca de la compleja relación que establecen los intelectuales con su tiempo. Reflexiones de las que surgen retratos, por momentos descarnados, de las diferentes etapas de una época y de sus protagonistas. Testigo privilegiado, el autor denuncia sin concesiones ni eufemismos, especialmente en el capítulo diez, aspectos vinculados con la deshonestidad y el resentimiento que salpican a ciertos miembros de la clase intelectual y, asimismo, pone sobre el tapete asuntos ásperos y vergonzantes: el robo y la apropiación de teorías, las manifestaciones prejuiciosas, los ninguneos y las envidias que van